

Era tan orgulloso que la joroba le había salido por delante.

—o—

Antes de salir hacia el fin de semana, los automovilistas deberían levantar el brazo y decir aquello de «los que van a morir os saludan».

—o—

Las gallinas, cuando beben, rezan al estilo mahometano.

—o—

Como las señoras llevan esos relojes tan pequeñitos, resulta que luego no tienen tiempo para nada.

—o—

Hay quien no tiene una palabra dulce ni cuando saborea un caramelo.

—o—

El desierto es la playa de un mar de vientos.

—o—

Decía que hablaba con el corazón en la mano y la tenía vacía; a lo peor era que no tenía corazón.

—o—

Los tejados son los parques primaverales de los gatos.

—o—

Hay unas estrellas parpadeantes que son los heliógrafos de los extraterrestres.

—o—

Sacaba la barra de labios como si fuera a meter una bala en la recámara del revólver.

JOSE CANAL

EN RECUERDO DE UNAMUNO

CABALLERO DE LA MUERTE

(Elegía ardiente)

Atravesado te ha
de parte a parte, buída,
certera, urente, inflexible,
la pena que inmortaliza;
de fuera le tiembla el asta,
por dentro sangra escondida.

Te mana dudas la abierta
llaga que no cicatriza,
de aquella fe, sin retorno,
por tanto volar perdida...

¡Ay, don Miguel de Unamuno:
Quijote de la Agonía!

Sobre el teso, en la Glorieta,
la Armuña tu mente briza,
pone en tu testa de fuego,
Gredos, su nieve encendida.

Mientras la tierra te embae
y el alto cielo te incita,
la vida te talla en sombras
y la muerte en llama viva.

Te sangra dudas calientes
la llaga que te da vida...

¡Ay, don Miguel de Unamuno:
Quijote de la Agonía!

Doradas piedras de ensueños
que a tu voz se ruborizan,
dan marco a las paradojas
del ansia que te cautiva.

En «La Flecha» y «San Esteban»
restañas odios y envidias,
en el aula de Fray Luis
tu congoja se reclina,
y en tu propio auto de fe
nos quemas y te ajusticias.

¡Ay, don Miguel de Unamuno,
cómo luce tu divisa:
«Caballero de la Muerte,
Quijote de la Agonía»!

SIEMPRE RECTOR

De Vasconia plantado un recio esqueje
prendió en la renaciente maravilla,
y fue, entre cielo y tierra de Castilla,
trinidad de camino, rueda y eje.

El águila de Juan le dio su vuelo
y el búho de Minerva su mirada...

Si entre las zarzas mente desgarrada
sangre pugnante por regar el cielo.

De sombras y de luz genio coloso,
sólo él, sin que a nadie se asemeje,
indomable académica palanca,

fiel español, creyente heterodoxo,
apóstol de sí mismo, santo hereje,
siempre rector: *Miguel de Salamanca.*

Fernando BRAVO Y BRAVO

El obispo García Benito

Por RUNICO



COMO un carbón encendido tenían que purificarse mi alma y mis sentidos para estar en disposición noble de hablar de este santo varón... Se trata nada más ni nada menos que de un ilustre Prelado extremeño: Es un hombre religioso del siglo XVIII. El único documento que poseo se lo debo a un favor de una honrada y hacendosa panadera de esta villa. Se cita aquí su nombre por su temperamento afable y su buena voluntad de servicio: la señora Juana Flores me lo ha facilitado, y, gracias a su intercesión lo ha podido obtener de un primo suyo...

Así que lo tengo como oro en paño.

Tengo intención de irme bajo una encina corpulenta, de tronco nudoso, solitaria y más que centenaria, propiedad de la familia opulenta los Redondo... Allí quisiera repasar y revivir las horas gloriosas de este apacible Prelado; porque una cosa que me duele sinceramente es tro-

pezar con un corazón magnánimo, una inteligencia culta, un alma noble, en suma, un tesoro, y que reste oculto y olvidado por el desdén, la apatía, la ignorancia o la indiferencia.

Por eso he venido yo a esta gloriosa encina, que, se la conoce en toda la comarca con el nombre de "Encina nieta", tal vez por que en el día del bautizo de algún primogénito, con más seguridad de algún nieto de los señores Redondo, se cortó leña para hacer el banquete y los dulces en el horno.

Sin olvidar aquel lema franciscano de "paz y bien", yo, vengo aquí a saludar a los pajarillos, y, en una imperfecta imitación de aquel eremita portugués, que, con el correr del tiempo entraría en los altares de Padua en olor de santidad, inefable de aquel nogal, que, el Conde Tiso, su dueño, le regaló para que hiciese una celdilla o mansión entre sus nudosas ramas, procuro seguir ese cuadro de virtud propia.

La gleba alzada, y, las cepas con sus sarmientos desnudos y las florecillas silvestres alfom-